

Alberto J. Parra F.

Mi viaje a la Gran Sabana

Diario

PAEDICA

Alberto J. Parra F.

Mi viaje a la Gran Sabana

Diario

PAEDICA

Del editor acerca del autor

Alberto José Parra Fuenmayor llamado Chongolo, apodo que entendía como su nombre guajiro, pues, sintió siempre una gran simpatía por La Guajira y su gente, y aprendió muchas palabras y expresiones de su lengua.

Aunque su carácter era fuerte, disfrutaba contando chistes y escuchándolos, la mayoría de las veces estaba de buen humor y su rostro mostraba una mirada pícaro que habitualmente descubrían sus labios.

Maestro de escuela, ayudante de boticario (donde aprendió a “poner ampollitas”), electricista y comerciante fueron sus principales actividades. Le gustaba leer y como era apasionado del Libertador Simón Bolívar y su obra, la mayoría de sus libros eran sobre el Padre de la Patria y la gesta emancipadora.

Cuando su vida había transitado más de medio siglo empezó a escribir. Me decía el grande esfuerzo que hacía para realizar esta actividad literaria, “...pero me gusta”. Y como no tenía complejos ni pretensiones, escribía tal como apreciaba las cosas, con sencillez y claridad.

Varios de sus escritos se han perdido, porque no tubo el cuidado de guardarlos y una vez concluidos los apartaba.

Algunas veces le gustaba hacer versos y llegó a componer algunas décimas que siempre fueron para su goce personal. Se complacía cantando y bailando.

Finalizando los años ochenta del siglo pasado, escribió una especie de cuento: mezcla de realidades, fantasía y humor. Con

unos comentarios, como de prólogo, que le hizo la profesora Luisa Elia Montiel de Romero, una mujer que en su época sobresalió en el campo educativo y político, en el entonces distrito Mara.

Motivo I. Relatos Bolivarianos este opúsculo lo escribí en 1997 y me lo dedicó a mí. Con una antesala “Mi opinión” escrita por la honorable dama y profesora Carmen Elisa Montiel de Chirinos.

Alberto disfrutaba jugando dominó y, además de la manera tradicional de jugarlo, conocía otras alternativas para jugar con las piezas, aun estando solo. Estas experiencias decidió escribirlas, entonces publicó, diciembre de 1998, *El arte del Dominó* y se lo dedicó a nuestra hermana Marlene (1944-2002) con una Presentación escrita por el Ing. Ramón Eduardo (1954-2005), nuestro hermano menor.

En el Diccionario General del Zulia hay una breve mención de su vida. El Dr. Pablo Nigal Palmar Paz, que fungió como Cronista del municipio Mara y con motivo de su muerte, escribió un artículo que publicó en la página de opinión de un diario regional <A la memoria de Alberto “Chongolo” Parra> donde en el segundo párrafo expresa: “Nos brindó a través de su lenguaje coloquial un extracto de obras en cuyo contenido nos muestra la simplicidad, frescura e incluso humor con el que grandes acontecimientos pueden narrarse sin despojarse de lo épico, heroico, cruel y lo auténticamente característico de la idiosincrasia del pueblo que fuera su cuna...”. Termina este

agraciado escrito con unos distinguidos versos propios de la prosapia de quien los escribe.

En los últimos meses de su existencia, escribió *Modismos y personajes populares marenses*, otras de sus obras que no llegó a publicarse, pues su dolorosa enfermedad complicó todo y hasta el momento no ha sido posible encontrarla.

En estos relatos *Mi viaje a La Gran Sabana. Diario*, diciembre de 1996, podemos apreciar varias de sus particularidades que hemos aludido. Expresiones o dichos que en otra época fueron muy conocidos, como “La múcura” (porro colombiano) y TRUCUTÜ (personaje prehistórico de comiquitas de prensa). Por estas narraciones pareciera haber sido un hombre quejumbroso, quizás lo fue en el ocaso de su vida, el peso del cuerpo y los años lo fueron venciendo. Sin embargo, los que le conocimos en otros tiempos sabemos quién fue Alberto: muchacho, joven y hombre. Osado, parecía que le encantaba el peligro y aceptó los retos que la vida en sus avatares le presentó sin sentir desasosiegos ni lamentos. Hasta que la Parca le cortó los hilos de su vida.

El 4 de octubre de 2000 en San Rafael de El Moján, su pueblo natal del que siempre se sintió orgulloso, familiares y amigos le acompañamos en su último adiós.

¡Paz a sus restos y estima a su memoria!

Iván Darío Parra F.

Dedicatoria

Con todo cariño dedico este inolvidable Diario a mi hermana Carmen Luisa. Ella se opuso a este viaje; pues, bien sabía a cuánto me iba a enfrentar con mi voluminoso cuerpo y mis años. Tal vez pensó que algo fatal podría acontecer.

En nombre de Dios Todopoderoso

NOTA INTRODUCTORIA

Emprender un viaje hacia sitios desconocidos y de cuyas bellezas todos comentan, resulta atractivo y emocionante, pero no es lo mismo hacerlo cuando uno está joven y fuerte que cuando está mayor y no tan fuerte. Por eso, si estás tentado para iniciar una aventura y tienes algunas limitaciones lo primero que debes hacer es informarte claramente sobre los posibles riesgos que puedes correr y las oportunidades de superarlos exitosamente, antes de adquirir el pasaje.

No te dejes influenciar por palabras bonitas de las promociones, ni de los comentarios de los guías, a quienes sólo les interesa el cliente y una vez que lo atrapan comienzan a disimular el disgusto que uno les ocasiona, llegando hasta la desconsideración.

La propaganda de los TOURS anuncia hoteles de tres, cuatro y cinco estrellas, pero éstas son las únicas que uno ve cuando te encuentras sin toallas en la habitación y al momento de reclamar sospechan que las has hurtado y recorren la habitación buscándolas con la vista. Si esto te llega a ocurrir reclama inmediatamente, procura revisar el cuarto antes de que se retire el camarero para que no haya dudas.

Calcula los gastos que puedes tener durante el viaje y trata de cubrirlos con amplitud: efectivo, tarjetas de crédito, chequera... de tal manera que si no estás conforme puedas regresarte por tus propios medios. Protege muy bien tu dinero, pues, no conoces las costumbres de quienes te acompañan (incluyendo los promotores).

Con estas generalidades quiero advertirte que el contenido de este Diario es producto de mis percepciones, sentimientos y emociones del viaje que realicé promocionado “Inolvidable Tour a La Gran Sabana”.

Espero que les sirva de orientación para que no pasen por los duros momentos que yo pasé.

PRIMER DÍA

La partida

Ese viernes me levanté muy temprano y con mucho entusiasmo; porque iba emprender un viaje por carreteras durante dos semanas hacia uno de los lugares más bonitos de Venezuela, que tiene tantos.

Al abordar la buseta, fui el último en subir y me impactó el altísimo volumen de la radio, por lo que solicité a la guía, con mucha cortesía: “por favor, un poco menos de volumen”. Me respondió: “así les gusta a los pasajeros”. Indiqué malhumorado: “entonces mi viaje terminará en Valencia”, que era la primera parada.

Otros pasajeros hicieron el mismo reclamo, entonces apagaron la radio por completo.

Ya habíamos pasado el Puente sobre el Lago de Maracaibo, dejando atrás las luces de la ciudad, cuando los rayos del sol empezaban a asomar. La guía nos invitó a rezar, todos lo hicimos unidos con devoción y mucha fe.

Luego agradecidos con el Señor, nos presentamos unos a otros, identificando nuestros nombres, edad, estado civil, lugar de nacimiento y profesión. Éramos veinticuatro pasajeros, dos conductores y una guía que era la esposa de uno de los choferes.

Catorce de los pasajeros éramos personas mayores y diez adolescentes; cuatro viajaban con sus esposas y tres con sus hijos. Había dos institutrices jubiladas con sobrinos, una señora, viuda de setenta años y dos de las damas se llamaban María, que las identificaré por sus actuaciones como María “la cañadera” y María “la cizaña”. Los demás eran muchachos alegres y sanos, incluso uno de ellos era médico.

Como a las seis de la tarde llegamos a Valencia, donde visitamos un parque de diversiones muy bello. Todo iba bien hasta que María “la cizaña” me comentó que necesitaba le aplicaran una inyección y yo zalameramente le dije: “no hay problema yo sé hacerlo y además, tu tienes

muy buenos brazos”, donde pensaba inyectarla. Aquella mujer con ojos de fiera se me fue encima manoteando y me empujó tan fuerte que casi me resbalo en el parque.

Avergonzado y confundido le dije: que mi intención no era molestarla. Perdona mi desliz y me alejé del grupo. Pero pude oír a otras señoras que presenciaron el hecho y exclamaron: ¡que mujercita tan malcriada!

Luego nos fuimos al hotel me sentía tan acongojado y apenado que no volví a hablar esa noche.

SEGUNDO DÍA

Los llanos

Muy de madrugada abordamos la buseta para comenzar la ruta hacia Los llanos. Desayunamos en La Encrucijada de Maracay y de nuevo continuamos el viaje. Rezamos, nos encomendamos a Dios y alegres seguimos viajando. Los más jóvenes cantaban y chisteaban, animando el ambiente.

A todas estas, yo estaba muy serio y medio encogido en mi asiento, el peso y los años me imponían cautela. De repente se me acercó María “la cizaña” y sentándose a mi lado, me besó en la mejilla, diciéndome: “No te enojas mi gordo que lo pasado, ya pasó”. Entonces medio sonreí en señal de complacencia.

Más tarde, las malas lenguas me informaron que dicha señora tan circunspecta era divorciada y que había llegado a Maracaibo dos días antes de nuestra partida, en el vehículo en que viajábamos y con los mismos conductores. Mientras tanto, ella cantaba y bailaba contoneando sus caderas, como para ganarse el show... No hice comentarios.

Visitamos La Puerta y sus monumentos históricos de hechos que enaltecen nuestro gentilicio. En San Juan de los Moros tuvimos oportunidad de ver el San Juan, una estatua en la plaza mayor de esa

población de tamaño gigantesco. Un pueblo ordenado y limpio, con muchos árboles en la plaza, tanto me gustó que si yo fuera nativo de ese pueblo me sentiría orgulloso de su belleza.

Después, fuimos hasta el santuario del *Ánima de Pica Pica*, lugar muy lindo con muchas velas encendidas en forma ordenada; venerado y respetado por los llaneros por ser la morada de José Zambrano “El *Ánima de Pica Pica*”.

No muy lejos de allí, cerca del pueblo de Santa María de Ipìre, nos detuvimos en otro santuario, también de la devoción de los llaneros: la tumba de María Francisca Duarte “*Pancha Duarte- Ánima de Taguapire*”.

La leyenda cuenta que era una señora muy bondadosa que hacía bien a todo el que lo necesitaba; pero una vez un hijo suyo tuvo problemas en el río, ella no pudo auxiliarlo y él falleció. Entonces, pidió al Señor poderes para socorrer a todos los caminantes que pasaran por allí y la necesitaran, cuentan que esa tarde oyó un canto celestial como si se le hubiere concedido lo pedido.

Cuando murió, en hombros de los llaneros fue llevada hasta la sombra de un gran árbol, llamado *Taguapire*, allí la enterraron, construyéndole después el santuario.

Los moradores de los pueblos vecinos a esa región cuando tienen alguna pena, van hasta dicho santuario que le sirve de tumba y le piden con devoción que interceda ante Dios por ellos y, son tantos los milagros que se le atribuyen, que cada vez más gente visita la “*Tumba de Pancha Duarte*”, conocida también como el “*Ánima del Taguapire*”.

Continuando nuestro viaje, seguimos regocijando nuestra vista con los paisajes llaneros y al llegar a Valle de la Pascua nos detuvimos para almorzar. Luego, continuamos rumbo al oriente: El Tigre, Anaco y demás pueblos, muy bonitos y limpios; hasta alcanzar, ya entrada la noche, a Ciudad Bolívar, localidad que a finales del mes de Agosto y principios de Septiembre celebra la Fiesta de la Sapoara.

TERCER DÍA

El Orinoco

Muy temprano salí a contemplar el majestuoso Orinoco, lo imaginaba grande pero no tanto y eso que estaba en la parte más angosta del caudaloso padre de los ríos de Venezuela.

En ambos márgenes existe un poblado: Ciudad Bolívar, la capital del Estado y del otro lado el pueblo Soledad. El río estaba atestado de botes de todo tipo y navegando en ellos personas de todas las edades, sexo y color, quienes tarraya en mano trataban de pescar sapoaras.

La Feria otorgaba un hermoso trofeo al que pescara la sapoara de mayor tamaño, por lo que los moradores abarrotaban las orillas del río para animar a los pescadores, constituyendo un espectáculo multicolor y de contagiosa alegría.

Después fuimos al mercado de la sapoara donde pude saborear ese delicioso pescado, pero con 61 años de edad, 154 Kg. de peso, 1.78 metros de estatura y con problemas coronarios, ya a esa hora estaba cansado... ¡y todavía faltaba para arribar a La Gran Sabana!

En toda la ciudad no se recorren 20 metros cuando te tropiezas con un escalón, imagínese amigo lector como estaría con tantas subidas y bajadas, y mis limitaciones.

Luego nos dirigimos a la represa del GURÍ, ¡que obra tan majestuosa y de envergadura!, pocas veces en el año los aliviaderos están funcionando y en ese momento, por suerte, todos, los cinco que tiene, lo hacían.

El paisaje es realmente impresionante, lleno de vida y color, pareciera que toda la luz del mundo nos entrara por los ojos hasta iluminar el alma.

Las guías de la empresa eléctrica nos informaron que esa obra se había construido con materia prima venezolana y que con el material

invertido en ella se podría dar plano al globo terráqueo. Se aspiraba que el proyecto pudiera producir electricidad para cubrir desde Venezuela hasta México, en el año 2015.

Una vez oídas las explicaciones, todos comentábamos alegres la magnitud de la obra de ingeniería. En aquel momento, uno de los conductores le fue a tomar una fotografía a María “la cizañera” con la represa al fondo y yo de zoquete me paré a su lado, ¡Virgen Santa!, mejor hubiera sido que me lanzara de cabeza a la represa. Aquella arpía me miró de una manera tan atroz que, al recordarlo, todavía se me erizan los pelos, pues tuve que retirarme como perrito regañado.

Luego visitamos el Eco-museo del Caroní; la hacienda histórica donde El Libertador Simón Bolívar moraba cuando estaba allí, la Catedral, la plaza donde fusilaron al General Piar y finalmente, cenamos en una parrillera donde tocaba un conjunto de música criolla.

Todo era cordialidad, sin embargo, María “la cizañera” que no desperdiciaba la oportunidad para criticar. En esta ocasión le tocó a uno de los miembros del grupo, porque, según ella, había tratado hostilmente a su esposa y en voz baja cuchicheando iba de un sitio a otro comentándolo.

De nuevo al centro de la ciudad, había tanta gente que el vehículo no pudo llegar al hotel y nos apeamos como a 500 metros de distancia, yo tenía los pies como TRUCUTRÚ, a duras penas caminé el trayecto hasta llegar al hospedaje y me retiré a dormir.

CUARTO DÍA

Falta poco

A las 4 de la mañana, ya estábamos en la buseta, rumbo a La Gran Sabana. Pasamos por Upata y otros pueblos pequeños hasta llegar a El Callao, donde nos detuvimos. Recorrí algunas de sus calles y visité una joyería donde compré algunas sortijas. Jamás había visto tanto oro en un lugar tan pequeño, recorrimos Guasipati y otros pueblos menos ordenados con construcciones carentes de planificación urbana. Luego El Dorado y sus colonias móviles, hasta llegar al kilómetro 88 donde almorzamos las carnes típicas de la región: venado y lapa, acompañadas de cachapas de maíz tierno o torta de casabe de yuca.

Al continuar el viaje la vegetación comenzó a cambiar, árboles frondosos, enmarañados y tiempo de lluvia amenazante, precedieron un camino lleno de curvas y vericuetos.

Al preguntar el porqué de lo complicado de la vía, la guía informó que en ese momento bordeábamos una gran roca que los ingenieros no pudieron dinamitar, no obstante los esfuerzos que hicieron; por lo que tuvieron que rodearla. La explicación de la guía incluyó la leyenda de sacrificios, posiblemente humanos que en esa piedra hacían los antiguos nativos.

Cuando llegamos a la roca noté que en los laterales colgaban ramas y la cima también estaba tupida por pequeños árboles, dando la impresión de la figura de una hermosa mujer, nos dijeron que el sitio era llamado “la piedra de la virgen”.

La noche fue cubriendo el camino hasta perder nuestra visibilidad, sin ruidos molestos, mientras la luna radiante asomaba su hermosa cara iluminando todo aquello con su luz plateada.

Habíamos llegado a una pequeña explanada en lo alto de una meseta y cerca de un murmurante riachuelo estaba la churuata como esperándonos para colgar las hamacas.

La churuata era un gran bohío con techo de palma real forrado en

estantillo y piso de barro, al mirarla de frente daba la impresión de un castillo con dos torres laterales, me hicieron recordar a la Guajira.

Colgué mi bello chinchorro guajiro y saqué mi cobija especial, recé mis oraciones, luego salí a un pequeño claro con los brazos abiertos y mirando al cielo le di gracias al Creador.

Habíamos ocupado 3/5 partes de la churuata porque se esperaba la llegada de un tour que venía de Barquisimeto, estado Lara.

El frío de la noche comenzaba a sentirse, yo me “enchinchorré” bien arropado cerré los ojos y orando pensé: ¡Vaya hombre!, ésta si la gané completa. Pero el juego no había terminado, faltaba el último round.

El tour de Barquisimeto por fin llegó e irrumpió la paz de la churuata, despertándonos. Ellos colgaron sus hamacas tocándome de vecina, creí yo una suerte, una señora que por la silueta, parecía pasada de kilos, la cual se instaló con mosquitero y todo.

De nuevo la tranquilidad. En estas circunstancias es muy sabroso quejarse de satisfacción, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, en silencio hasta quedarse profundamente dormido, arrullado por los agradables gemidos.

De pronto... ¡ay mi madre!, me despierto sobresaltado creyendo que un tigre rondaba la churuata. ¡Qué susto! Pero hubiera sido menos molesto que esto fuera lo que pasaba. No mis amigos, era mi vecina gorda que estaba dando un concierto de ronquidos, como si se hubiera tragado un furro.

Los otros compañeras, más pacientes, se limitaron a mover la viga central pero yo me levanté medio loco y me fui hasta su hamaca, la encontré con las piernas y los brazos abiertos: RUCU, RUCU, RUCU..., le moví la hamaca hasta despertarla y en voz alta le dije: “Señora sea más considerada, ¡déjenos dormir! Por favor”.

Me contestó: ¿la cuestión es conmigo?

-Sí, con usted, ¡duerma boca abajo!

Respondió: sí, como no, pero yo no estoy molestando a nadie.

Se calmó un poco, pero al rato ¡otra vez la roncadera! Me salí del chinchorro y en el lugar más lejano a la gorda, improvisé una cama con la cobija y enrollado en ella intenté dormir, allí se oía menos fuerte su RUCU... RUCU... RUCU...

QUINTO DÍA

La Gran Sabana

Como podrán darse cuenta, la noche no fue como esperaba y me levanté mal humorado, descolgué el chinchorro y salí a contemplar el amanecer de La Gran Sabana... ¡Qué belleza y hermosura!, no tengo palabras para describir aquel lindo panorama...En eso veo cerca de mí la causa de mi mal humor: una gordita, panzona, con su cara redonda y rechoncha, que medio risueña pasaba por mi lado. Al contemplarla por detrás sonreí burlescamente, al notar que dicha señora llevaba "la gallina ahorcada", tal situación hizo que recuperara mi buen humor.

Seguimos nuestro viaje por una carretera excelente, arroyos, riachuelos, ríos, ninguno de ellos navegables.

Al divisarse unos cerros alguien preguntó, ¿esos son los Tepuyes? La guía respondió: "algo parecido". Y sobre uno que se notaba a distancia, continuo diciendo "...ese Tepuy es la parte de la Guayana donde más oro y diamante hay. Está en el límite de Venezuela con Brasil y Colombia. Los derechos sobre ese territorio están en litigio, pero quienes más explotan esas riquezas son los Garimpeiros, llevándose el oro y las piedras preciosas a Brasil".

En el recorrido llegamos a una aldea indígena al borde del río, pero en una vía abandonada. Estacionamos la buseta a una distancia prudente, todos bajaron excepto yo, porque me pareció mucha la distancia al río y temí resbalar. Uno de los choferes, ya preparado para bajarse, lo invité para que bajara la buseta hasta el sitio elegido para bañarnos, pero me

respondió: “la bajada es muy peligrosa y podemos volcarnos; además, al regreso todos van a querer subir al bus; prefiero no correr el riesgo” y bajó al río. Todos lo lamentamos después.

Ya en el transporte, Carlos Duno, mi vecino de asiento, me dijo afectuosamente: “Beto, mejor así que te quedaras en el bus”.

Siguiendo el itinerario, llegamos a un pueblo de aborígenes llamado San Francisco, con apenas dos calles, pero muy limpio y organizado. Más adelante, otra aldea en un, aparentemente, pequeño cerro. Tampoco quise subirlo, pero fue tanta la insistencia de la guía, al decirme, “tú tienes que bautizarte en un río de La Gran Sabana, el cerrito es pequeño, vamos, yo te ayudo”, insistió hasta que me convenció.

Con mucho sacrificio llegué a la cumbre, donde había algunos ranchos. Le pregunté: bueno... ¿y el río? Respondió “está aquí mismo bajandito”.

Calculó una distancia como de doscientos metros para llegar al río, la guía me miró y comprendió que lo estaba pensando: por lo que insistió de nuevo: “hay una fuente muy bonita con piso de mosaico natural, te sostienes de mi”. Me convenció otra vez y, aunque con mucha dificultad, bajé.

Efectivamente, la fuente era preciosa y el piso parecía del mejor mosaico y bien pulido. Cuando sentí el agua refrescante y limpia que me rodeaba, dirigí la mirada al cielo y alabando a Dios, exclamé: “Solamente tú, mi Dios Divino, has podido crear en estos parajes ocultos tanta belleza”. Hasta llegué a olvidarme del problema que podía presentármese para regresar a la buseta.

Llegó el momento de regresar y comencé a subir con mucha dificultad, superando la resbaladiza orilla, cuando estaba como a 150 metros de la cabaña, con el sol encima y sin nadie que me socorriera, pedí ayuda al único que podía dármele, ¡Oh, Verbo Divino tiende tu mano

hacia mí!. Instintivamente, buscaba con la mirada algo que me sirviera de apoyo y, sorprendido, descubrí una pequeña vigueta en forma de cayado.

Aquella bendita vara me sirvió de bastón y con mi buena voluntad, pero con la lengua de corbata, pude llegar a la cabaña. De allí, el otro trecho era en bajada y llegué con mi vara hasta la buseta con mucha dificultad. Le di las gracias al cielo y, con mucho cariño, besé la vara y suavemente la coloqué a la orilla del camino, así otro peregrino podría ser auxiliado por ella.

Ya en Santa Elena de Uairén nos hospedamos en un hotel de cuatro fichas, atendido por un señor cuya ropa permitía exhibir al público su "vistoso" ombligo y tenía un "raro" caminar. En el itinerario estaba el llegar hasta un pequeño pueblo fronterizo en tierra brasileña.

Cuando cruzábamos la frontera, entre las aduanas de Venezuela y Brasil, nos encontramos con cinco gandolas bien cubiertas con lonas, que daban la apariencia de transportar mercancía perecedera. Como me llamó la atención ver aquella caravana en fila india, le pregunté a uno de los espectadores ¿qué pasa?, me respondió: "estas gandolas con placas colombianas tienen un problema que no han podido solucionar, están cargadas de papas que traen de Colombia a Brasil, por la vía venezolana. En Venezuela pagaron los aranceles, realizaron sus trámites legalmente y se les autorizó el paso, pero en Brasil les negaron la entrada porque la papa no estaba limpia".

Los caravaneros hablaron al dueño de la mercancía, quien al no poder resolver el problema, trató de regresar por Venezuela, pero debía pagar de nuevo los aranceles, por lo que se encontraban en un callejón sin salida, porque no hallaban una solución salomónica.

Entonces para mis adentros, me puse a buscar la solución para que el producto no se perdiera: "yo pagara y listo". Otra sería: "yo lavaría la papa y punto". Pero, aunque ambas parecían ser soluciones no era tan sencillo, eran doscientos mil kilogramos de papas, que no pasarían desapercibidos

en ninguna parte. Total que nosotros seguimos la ruta trazada y los dejamos a ellos con su cruz acuesta o con sus papas encima.

Visitamos la Iglesia de Santa Elena, aún no terminada de reformar y a pesar de la oscuridad que empezaba a reinar se podían observar en el templo la gran cantidad de esmeraldas, diamantes y otras piedras preciosas incrustadas.

Regresamos al hotel, mi compañero de habitación era uno de los choferes, Filippo, que resultó ser el dueño de la buseta, en ese momento comprendí porqué no había bajado en el río con el vehículo. ¡Claro! él estaba trabajando y cuidando su unidad.

Como yo estaba muy agotado y presintiendo una taquicardia, le manifesté: “Filippo, aquí tienes una tarjeta con la dirección de uno de mis hijos, el es ingeniero y vive en el estado Monagas, en un campo petrolero llamado Morichal, allí está también el número de teléfono. En mi maleta hay dinero en efectivo suficiente para cualquier diligencia, si amanezco muerto te agradezco no me entierren en estos lares. Por favor, llama a mi hijo”.

Me dijo: Alberto, y eso... ¿Por qué? ¿Te sientes mal?

“No me siento bien, creo que voy a amanecer muerto”, respondí.

“Si Ud. lo manda, así será”, contestó y con sinceridad le expresé: “gracias amigo, hasta mañana, si Dios quiere...”.

SEXTO DÍA

El hotelero y sus toallas

Al otro día, vivo y de nuevo en la buseta, nos preparábamos para el retorno a Puerto Ordaz. De pronto, se presentó el hotelero con un escándalo porque le habían robado dos toallas en la habitación N° 5.

La dama huésped de ese cuarto, quien además era maestra, muy ofendida, negó enfáticamente tal acusación y le dijo al hotelero: “¿Cómo puede Ud. pensar eso?... ¿Por qué íbamos a hurtar sus sucias y malolientes toallas, cuando en nuestras maletas tenemos paños, grandes, limpios y caros, con los que pueden secarse todos los de su casa?”.

- ¡Sí las tienen!, insistió el hotelero.

Realmente lo que había ocurrido fue que ella viajaba con dos de sus sobrinos, una muchacha y un muchacho, quienes al ver el mal estado de las toallas del hotel, solicitaron las retiraran, porque esas “panzas de mondongo”, iban a molestar a su tía. Entonces, el camarero retiró los paños y no lo reportó. Al otro día, el nuevo camarero, observó la ausencia de los mismos y lo informó al dueño, quien armó el escándalo. Una vez, aclarado el malentendido arrancamos hacia nuestro destino.

Sin embargo, la institutriz estaba muy disgustada y zapateando el piso del vehículo decía: “han debido dejar que mostráramos nuestras maletas para que constatará que no teníamos esos sucios pedazos de trapos. ¡Dios!... ¿Qué dirá la gente?”

Todos estábamos preocupados por ella, así que me levanté y voz alta dije: “En nombre de todos, señora, ¿Cómo van a dejar que ese homosexual les arruinen las vacaciones que hasta ahora han pasado tan felices?”.

- Y comentó: Sí. pero... ¿Qué dirá la gente?

- Señora, la gente somos nosotros y la apoyamos sin que nos quede ninguna duda ¿Verdad muchachos?, le pregunté a los demás. Y todos respondieron: “claro señora, ya sabemos quien es Ud. y sospechamos

del hotelero de tan dudosa apariencia”. Eso calmó los ánimos y continuamos felices hasta llegar a Puerto Ordaz.

SÉPTIMO DÍA

Parque La Llovizna

La visita al parque La Llovizna me dejó extasiado... ¡Qué hermosura!, con esas grandes rocas al centro del río donde el agua al chocar con ellas, en su precipitada carrera hacia el Orinoco, formaba un gigantesco manto como de salpicadas capas que asemejaban copos de nieve revoloteando en el cielo, cual albas mariposas.

Pasamos por un puente reforzado y la guía nos narró que allí había ocurrido la tragedia de los maestros al derrumbarse el puente. En su memoria se erigió un pequeño monumento con los nombres de los fallecidos.

Más adelante encontramos un cerro tipo mirador, desde donde se podría contemplar bien toda la belleza y magnificencia de aquel sitio.

A orillas del río Caroní, en su parte navegable, visitamos en un pueblito dos castillos que son reliquias coloniales con antiguos cañones que fueron la protección de la ciudad, con muchas leyendas de heroicas batallas e historias populares, lo que proporciona al recorrido un sentimiento humano y acogedor en ese rincón de la patria.

Luego, el parque Las Palomas, de hermoso y tranquilo panorama, donde la monotonía solamente se rompía con el canto de los pájaros y el murmullo del río al pasar rozando por la pedregosa orilla, con una armonía natural que daba un ambiente celestial al paisaje.

OCTAVO DÍA

Monagas

Salimos temprano rumbo al estado Monagas. En San Félix (estado Bolívar) abordamos el ferri para cruzar el río Orinoco y llegar a Los Barrancos, estado Monagas. Desayunamos en un pequeño restaurante que tenía una estación de combustible. Como no había gasoil, la guía nos alentó al informarnos que más adelante en un pueblo llamado Temblador podríamos aprovisionarnos; efectivamente así fue.

Como el aire acondicionado del vehículo se había dañado, el dueño de la unidad trató de arreglarlo allí en la estación. Mientras tanto, yo salí a recorrer el lugar y le pregunté a un parroquiano por el campo petrolero Morichal, él me respondió; está cerca, como a veinte minutos.

Pensé: ¡vergación! Qué cerca estoy de mi hijo, pero no puedo detener la marcha. Aunque me hubiera dado tiempo ir a saludarle, porque allí perdimos tres horas.

Reparado el aire, seguimos nuestra ruta, pero apenas recorrimos unos cuantos kilómetros ¡Pías!, el aire se volvió a dañar, continuamos... total ya estábamos acostumbrados al calor.

La vía parece que cruzara un bosque de verdes pinos, obra de reforestación emprendida por el Ministerio de Agricultura y Cría a través del CONARE, yo lo sabía porque uno de mis cuñados, Chicho Salas, que es ingeniero forestal había trabajado en el proyecto en esa zona, que inicialmente se sembraron 550.000 hectáreas de pino caribe.

Llegamos a Maturín y fuimos a un restaurante que tenía su Tasca, amenizada por una miniteca a todo volumen. Cuando pedí la carta, me sorprendió ver a María “la cizañera” en mi mesa, y me contó que había tenido problemas con varios miembros del grupo; presté poca atención a su cháchara, porque realmente no me incumbía ni me extrañaba.

Ella buscaba con su mirada a alguien, daba la impresión de estar interesada en el ítalo dueño y chofer del bus. Me hacía recordar a doña

Florinda con el profesor Jirafales de El Chavo.

Pero al poco rato, retomó a su actitud cizañera y empezó a reclamar:: “que si se están dilatando mucho, a los demás les sirvieron primero”, y otras trivialidades que me estaban incomodando, para colmo los gritos de los jugadores del 5 y 6..., la miniteca y para rematar, la mesonera me trajo un plato que yo no había pedido. Se lo regresé, y María “la cizaña” dijo: “yo también hubiera hecho lo mismo”.

Regresó la muchacha con el mismo servicio de comida y llamé a otra mesonera explicándole: “Mira, a ver si tú me traes lo que yo deseo, porque esa distraída no me puede traer lo que pedí”.

Rápidamente vino el dueño del restaurante y con mucha decencia me informó que lo que yo solicitaba no había y la muchacha, como era nueva, lo confundió. Acepté su excusa y comí otra cosa. La Cizaña al ver consumada su payasada, se fue a cuchichear en otras mesas.

Con la cabeza atormentada me fui al bus y cuando iba a subir, un señor con evidente consuno de licor, me interceptó el paso ofreciéndome un litro de miel de abejas. Le dije, “señor no deseo comprar miel”. Pero, él insistió, “esta miel es fresca y pura...” Por favor, no deseo comprar miel. Déjeme en paz. Pero, insistía. Entonces, pensé en el hombre del gallo y me fui al otro lado del bus y conté hasta cien. Al regresar, allí estaba el hombre con su litro de miel y volvió a la carga...Así, perdí la calma y le dije, en tono amenazante y “fuerte” guajiro: CHAA GUALLAM GUATAI KAAULATA.

Entonces, se retiró diciendo en voz alta “Bueno, yo sólo quería vender la miel”. En el mismo tomo, le volví a responder KAUTANULIA SINESI EPERAA, y por fin, el hombre se fue.

Una de las pasajeras, María “La Cañadera”, que había demostrado su carácter con “La Cizaña” me preguntó ¿Qué le dijiste? ¿Por qué no se lo dijiste en español? Y le respondí “porque este momento no quiero pelear”. Pero su curiosidad por saber qué le había dicho en guajiro la tuvo hasta el

final del viaje cuando se lo explique.

Esa tarde llegamos a la Cueva del Guácharo, la impresión que me dio fue la de un afiche de la película Tiburón.

A la hora de la penumbra, comenzaron a salir los pájaros, como del tamaño de las churicas (loras), con medrosos graznidos y desordenados aleteos. En ese momento, no pude apreciar más detalles.

Terminamos el día pernoctando en Caripe en un hotel ordenado y silencioso. El clima era muy agradable, una temperatura como de 18°C., por lo que pase una excelente noche.

NOVENO DÍA

Caripe

Temprano pude apreciar la belleza del pueblo. Cuando tomaba café, observé que se acercaba el chofer (marido) con la cara más redonda y risueña que de costumbre, me hizo recordar a Kiko, el del Chavo, y me dije en mi interior ¿Qué querrá éste? En efecto traía su plan.

Muy zalamero me preguntó ¿Piensa vender el chinchorro? Y le respondí “mal vendido estará en cincuenta mil bolívares”. En aquel momento, me ofreció veinte mil. Entonces le expliqué “el que venda un chinchorro como el mío por ese precio, tendría tres razones: primero, que quiera mucha al comprador; segundo, que necesita efectivo, y tercero, que se lo robó...Pero no te preocupes, espero que lo veas bien y después hablamos.

De nuevo en la Cueva del Guácharo pude apreciar mejor su entorno con su plazoleta con el busto de Humboldt, un lindo arroyo al frente y la gruta con la imagen de la virgen. Los jóvenes penetraron en la Cueva y los mayores nos quedamos para desayunar en el cafetín, donde todo era muy decente y limpio con pisos de granito pulido.

Merodeando por el lugar recibí una sorpresa agradable, un joven

ingeniero de mi pueblo San Rafael de El Moján, quien al verme me abrazó y me dijo que andaba de vacaciones con su familia y pensaban llegar hasta la isla de Margarita, conversamos un rato y haciendo votos por vernos en la isla, que también estaba en mi ruta.

Ya con el grupo, en la vía Caripe-Cumaná, subimos al Mirador desde donde contemplamos una panorámica del pueblo de Caripe y el valle que lo rodea, muy bello. La guía nos comentó que era uno de los valles más bonitos de Venezuela, rico en agricultura con diferentes cultivos de frutos donde se reproducen hasta los manzanos, siendo una de las zonas de mayor producción cafetalera del país.

Yo, celosamente y riéndome, dije “Usted como que no conoce a El Moján”, después partimos rumbo a Cumaná.

En el camino, María “la cizaña” se me acercó tratándome de volverme a embromar. Pero esta vez no le di tiempo a nada, porque le dije claramente “señora, hasta cuándo me molesta”. Ahora le tocó a ella salir como perrito regañado, se retiró sin chistear y no volvió a molestarme.

Al llegar a Cumaná, en el atracadero de los ferris, tuve necesidad de ir al sanitario... ¡Ay mi madre...que baños tan sucios y malolientes! Menos mal que mi exigencia orgánica era de pie, pobres de aquellos que debieran sentarse.

La travesía en el ferri fue tediosa e incómoda, creo que estas dos cosas debieran atenderlas los expertos en turismo o los responsables de esta actividad, regional o nacionalmente.

Ya en el puerto de Margarita, me sentía agotado y desorientado, como creía que el transporte venía detrás de mí, caminé un largo trecho y luego me senté a esperar que pasara. De pronto veo venir una de las compañeras de viaje y me dice: “caramba señor Parra todos estamos esperando por usted”. Le contesté: “Pero si por aquí no ha pasado el bus, tengo rato esperándolo”. Entonces me explicó que el

vehículo había salido de primero y ellos habían abordado.

Resignado, regresé con ella, ya sabía del caluroso aplauso con que me recibirían como premio por ser la última persona en llegar.

DÉCIMO DÍA

Margarita

Era Domingo, me encontraba en la recepción del hotel tomando café y pensaba en mis compañeros de grupo, creía, más o menos, conocerlos a todos a excepción de Kiko.

Allí conocí a una hermana de la guía (la esposa de Kiko), muy vivaracha por cierto, yo creyendo hacer una gracia le manifesté lo que podría disfrutar su hermana con respecto al chinchorro, ya que esa clase de hamaca era un lujo que no podía tener cualquiera.

Me contestó... ¿Y es usado? Le dije, es nuevo, sólo lo usé en La Gran Sabana.

Es tono despectivo replicó, ¡Es el colmo!, esa loca anda comprando cosas usadas.

Imagínese, lo que después le diría a su hermana.

Partimos rumbo a El Valle, lugar donde celebraban las fiestas patronales. El bus lo estacionaron a un kilómetro de la iglesia, tuvimos que caminar con un calor “mata perros” y bajo un sol “que partía las piedras” y con “la múcara en la cabeza”.

Me dirigí al Santuario y quise entrar al templo donde celebraban la Eucaristía, pero había tanta aglomeración de personas, que fue imposible hacerlo.

Toda la plaza era alegría, conjuntos de música criolla, bailes populares y manifestaciones diferentes del rico folklore del Oriente venezolano. Quedé gratamente impresionado, sobre todo porque no había los tradicionales kioscos con venta de licores, ni borrachos como en otras ferias del país.

Para no recibir aplausos, fui el primero en llegar al bus, ya con “la múcura cerca del suelo”.

De allí fuimos hasta Juan Griego, donde almorcé un succulento pargo que me levantó el ánimo. Pero estaba muy cansado y quería regresar al hotel.

La guía nativa de la región, insistió en que fuéramos hasta el extremo de la isla para admirar las lindas playas Margariteñas y, por supuesto, fuimos.

Todos bajaron del vehículo, yo como desalentado le dije a Kiko,
¡Que cansado estoy!

A él se le fueron las musas y me contestó groseramente: “si quiere coja un carro y se va”.

- ¡Caramba!, respondí, “me quise ir desde Juan Griego y su esposa no me dejó”. Total que me fui a la playa y le pregunté a la guía: ¿No estaremos mucho tiempo aquí? Ya tenemos muchos días de ajeteo...

Ella respondió: “es que Filippo se lo quiere pegar y él también tiene derecho a divertirse”.

Repliqué: pero... ¡Si ustedes andan trabajando!

No agregé una palabra y siguió su bonche.

Carlos Duno, su esposa y yo éramos los de más edad y no teníamos compañeros jóvenes, por eso los demás no se quejaban.

El estómago comenzó a mortificarme y ejercía más presión en mí, por lo que tuve que hacer esfuerzos para contenerme y no desentonar.

Por fin, ya en horas de la noche salimos de ahí. Se suponía que iríamos al hotel, pero no fue así, nos llevaron a la Ciudad de la Fantasía, un parque de diversiones.

El Señor Duno les pidió: “déjennos en el hotel y después vayan ustedes a divertirse”. No le atendieron, porque era mucho el desvío y se perdía tiempo.

Estacionados frente a dicho parque, me atacó un fuerte cólico estomacal y

tuve necesidad imperiosa de ir al sanitario. Le pregunté a Filippo, que se había quedado en el bus, ¿Dónde queda un sanitario?, respondió: “adentro, como a unos seiscientos metros.”

Salí a buscarlo, con tanta fatiga y cansancio en mis pies, que creí no llegar, pero duras penas lo logré... ¡Que alivio!, sentí que el alma me volvía al cuerpo. Salí cantando la canción completa:

"La múcura está en el suelo
ay mamá no puedo con ella
Me la llevo a la cabeza
y es que no puedo con ella..."

Regresaba al bus cuando a mitad del camino estaba la guía y su esposo Kiko, muy “abrazadotes”. Les pregunté: ¿A qué hora nos vamos?

- Corno a las diez de la noche, respondió Kiko.

- ¡Que barbaridad!... ¿Hasta cuando piola?, repliqué.

El gocho, Kiko, me contestó en tono desafiante: “Por el hecho de pagar, no le vamos a aguantar sus pretensiones”.

Le dije: “Ustedes se están saliendo del itinerario, recuerde que vivo en el Zulia y por algo hablo guajiro. Ahora estoy agotado”. De ese tamaño lo dejamos.

Al llegar al bus, donde también estaban el señor Duno y su esposa, le conté a lo que me acababa de suceder; me respondió: “Beto, tamaño has aguantado en este viaje”.

- Entonces le dije: señor Carlos: mañana me voy, aunque sea en un burro”.

A golpe de las once de la noche, como toro indultado, llegamos al hotel ¡Qué calor!, no había agua...

Cuando pedí mi maleta grande que aún estaba en el bus, noté que había sido violada, roto el pequeño candado, forzada la tapa; el chinchorro todo desorganizado y la ropa revuelta... ¿Qué estaban

buscando?... ¿Quién podría estar interesado en desordenar mis cosas? No dije nada, cogí mi maleta y me fui a la habitación. Ya mi decisión estaba tomada, aquí terminó mi jornada. Mañana, Dios mediante, me regreso...

UNDÉCIMO DÍA

El Regreso

En el aeropuerto de Margarita con el pasaje en la mano abordé el avión rumbo a Maracaibo con escala en Maiquetía, y a las dos de la tarde... ¡En casa, en pueblo querido “El Moján”!

Durante el corto y confortable vuelo, pensé en el grupo, sobre todo en el señor Duno y su esposa... Ellos se veían tan cansados.

El señor Duno tenía más de setenta años, sin embargo, lucía fuerte como un roble, me había contado que nació en La Vela de Coro, estado Falcón. Era sargento retirado de la Guardia Nacional; un hombre serio, de carácter fuerte, hablar seguro, sincero y considerado.

Su esposa nativa de Ciudad Bolívar, era una mujer callada y sencilla; hacían una pareja envidiable.

Antes de salir de Margarita le manifesté que me preocupaba por su viaje de regreso, él me dijo, afectivamente, “Beto, gracias por preocuparte por nosotros; estaremos bien”.

Con respecto a los diez adolescentes y jóvenes que nos acompañaron, eran buenos muchachos, sanos, sin malicias. Algunas veces rezaban, otras cantando, bailando. Se autodenominaron los bonchones zulianos. Nadie tuvo una pizca de resentimiento con ellos.

Tres días después, fui a Maracaibo y llamé por teléfono a Carlos Duno, quien agradeció mi llamada y me contó su regreso de esta manera:

“Beto, en todo lo que pronosticaste te quedaste corto. Abordamos

el ferri en Punta de Piedra, Margarita, después de las cuatro de la tarde. Una agotadora travesía, arribamos a Puerto la Cruz después de media noche, nos esperaba veinte horas de recorrido por carretera. Todos venían dormidos menos yo, de pronto noté que Filippo se estaba durmiendo y le grité: ¿Te estás durmiendo? él reaccionó y detuvo el bus... ¡Estábamos a unos 10 metros de un barranco! El prudente chofer despertó a la guía y le dijo: estamos todos muy cansados, busquemos un lugar donde dormir. Así que, el regreso fue largo y penoso. Recientemente estamos llegando, no hemos ni desempacado”. Me dio las gracias de nuevo y nos despedimos.

Sus palabras reconfortaron mi espíritu ya que, a pesar de los inconvenientes, habían llegado bien.

Aun con lo sucedido, estoy orgulloso con todos los compañeros de viaje, porque no importa cuan bondadosos u ofensivos hayan podido ser, pues me permitieron vivir esta odisea y luego escribirla para ustedes.

¡Gracias!

Alberto J. Parra F.

San Rafael de El Moján, 17/ de diciembre de 1996.